

El llamado de

Dios

a un

servicio especial



T. E. Wilson

El llamado de

Dios

a un

servicio especial

T. E. Wilson

2011 Primera edición en español

1984 -1987 Publicado en inglés con el título
God's call to special service
por la revista Missions

Traducido con permiso.

Traducido al español por: Donald R. Alves

A menos que se indique lo contrario,
todas las citas bíblicas fueron tomadas de
Reina Valera, revisión 1960 © Sociedades Bíblicas Unidas

Publicado en español por
Publicaciones Pescadores
publicacionespescadores@gmail.com
Impreso en México

Printed in Mexico

Contenido

Abraham, Génesis 12.1 al 5; el principio de la fe

Moisés, Éxodo 3,4: el principio del liderazgo

Gedeón, Jueces 6.16; el principio de la dirección

Eliseo, 1 Reyes 19.19 al 21; el principio del discipulado

Isaías, Isaías 6; el principio de la santidad

Jeremías, Jeremías 1; el principio del quebrantamiento

Ezequiel, Ezequiel 1; el principio de la gloria

Simón Pedro, Marcos 1.17; un pescador y pastor

Pablo, Hechos 20.17 al 38; un pionero y plantador de iglesias

Timoteo, 1 y 2 Timoteo; un pastor

Introducción

Entre el pueblo de Dios hay muchos que piensan que es un misterio la idea de un llamado personal de Dios al servicio. Para ellos la presencia de una necesidad por sí misma constituye un llamamiento a atender esa necesidad y que no hace falta más nada. Otros dirían que el llamado general de la Gran Comisión a ir por todo el mundo y predicar el Evangelio, Mateo 28 y Marcos 16, es todo lo necesario para que uno emprenda una obra misionera de por vida en el gran campo de la mies. Tal vez todo esto parezca sensato, pero esta especie de razonamiento ha causado muchas tragedias. Algunos corren sin haber sido enviados, caen al lado del camino y como consecuencia se amargan.

La Biblia habla de por lo menos tres llamamientos:

- a la salvación, Mateo 11.28-29. Cuando este llamado es obedecido, es uno eficaz.
- al sacrificio, Romanos 12.1-2. Es a la consagración y al discipulado.
- al servicio, Marcos 1.17: “Venid en pos de mí, y haré que seáis pescadores de hombres”.

Todo creyente tiene una relación quíntuple. Es:

- hijo de una familia
- miembro de un cuerpo
- sacerdote en un templo
- ciudadano de un reino
- obrero en un campo

En la esfera del servicio, cada uno debe interesarse por averiguar la obra para la cual el Señor de la mies lo ha capacitado. Esto implica mucho tiempo con Dios en oración en el lugar secreto. El Señor Soberano es quien llama, capacita y despacha al servidor suyo, y le señala la tarea que debe realizar.

Hay diez ejemplos en la Biblia —siete en el Antiguo Testamento y tres en el Nuevo— de hombres que fueron llamados por Dios a realizar una obra específica. Se describe cada experiencia en detalle. Cada uno es diferente, pero hay ciertas características comunes en todos. Cada uno tuvo un trato íntimo con Dios en lo secreto de su presencia, cuando Él habló a su corazón, lo llamó y luego lo usó en su servicio.

Un estudio de los diez hombres reseñados en este libro mostrará que eran humanos como nosotros, con muchas debilidades y fracasos, pero con todo Dios los usó poderosamente en el servicio suyo. Lo llamativo

acerca de ellos es que Dios llamó a cada uno para una obra específica y los sostuvo en ella.

El ejemplo supremo del servicio, único en todo sentido de la palabra, es nuestro Señor mismo. “Yo Jehová te he llamado en justicia, y te sostendré por la mano; te guardaré y te pondré por pacto al pueblo, por luz a las naciones, para que abras los ojos de los ciegos, para que saques de la cárcel a los presos, y de casas de prisión a los que moran en tinieblas”, Isaías 42.6-7.

Desde luego, Él es el perfecto Siervo de Jehová cuya obra se describe tan hermosamente en Isaías capítulos 40 al 66.

Abraham; el principio de la fe

El llamamiento de Abraham fue un punto divisorio en la historia. Según la cronología de Usher, él vivió exactamente en el punto intermedio entre Adán y Cristo. Los primeros once capítulos del Génesis cubren aproximadamente dos mil años, y desde Génesis 12 hasta la encarnación hay igual lapso de tiempo. Las dispensaciones de la conciencia y el gobierno humano estaban llegando a su fin y Dios estaba por hacer algo nuevo.

“El Dios de la gloria apareció a nuestro padre Abraham, estando en Mesopotamia, antes que morasen en Harán, y le dijo: Sal de tu tierra y de tu parentela, y ven a la tierra que yo te mostraré”, Hechos 7.2-3. Ur de los caldeos era en ese entonces una civilización altamente desarrollada, como descubrió en 1926 el arqueólogo Leonard Wooley. Se nos informa que Abraham era muy rico en ganado, plata y oro, Génesis 13.2.

Obedecer a Dios y abandonar el ambiente sofisticado de Ur para ir a Canaán era como dejar Park Avenue en Nueva York para residenciarse en Tombouctou en Mali. Pero con todo él obedeció el llamado divino y emprendió su viaje en sencilla fe en las promesas de Dios. Pero, como muchos otros peregrinos desde ese entonces, encontró problemas.

Las pruebas de la fe

Sus problemas vendrían de la familia, el hambre, el temor y la contienda. Su primer problema tenía que ver con *el círculo familiar*. Dios había llamado a Abraham pero aparentemente su padre Taré asumió el control del grupo emigrante. “Tomó Taré a Abram su hijo, y a Lot hijo de Harán, hijo de su hijo, y salió con ellos de Ur de los caldeos, para ir a la tierra de Canaán; y vinieron hasta Harán, y se quedaron allí”, Génesis 11.31-32.

Harán quedaba en el lindero entre Mesopotamia y Canaán. El gran río Éufrates separaba los dos países. Uno comprende cómo se sentiría Taré. Cruzar el río significaba dejar atrás completamente la vida y tierra conocida, y prefirió quedarse a medio camino. ¡Pero murió! Ahora Abram tenía libertad para actuar pues el impedimento a una obediencia entera había sido quitado.

En estos tiempos muchos encuentran esta dificultad al intentar obedecer el llamamiento divino. “Los enemigos del hombre serán los de su casa. El que ama a padre o madre más que a mí, no es digno de mí”, Mateo 10.36-37. Jonatán, el amigo íntimo de David, estaba atormentado por afectos opuestos: la lealtad a su padre versus su amor por David. Tomó su decisión, volvió al campamento de Saúl y perdió la vida por haberse equivocado; 1 Samuel 20.

El hambre dio lugar a la segunda prueba de fe para Abram. Cruzó el Éufrates y llegó a la tierra prometida. Desde esa ocasión en adelante sería conocido como el hebreo: el hombre del otro lado del río. El río lo separaba para siempre de Babilonia; él nunca tomó licencia para regresar. Hasta el fin, fue un extranjero y peregrino con un altar y una carpa.

Pero había hambre en la tierra, cosa que puede ser una prueba severa en cualquier época. Más del 50% de la población del mundo se acuesta cada noche con hambre. Aun el pueblo de Dios puede morir por falta de sustento, como los acontecimientos en Angola nos mostraron. Puede haber hambre en Belén, la casa de pan, y tanto Moab como Egipto lucen atractivos como lugares de refugio. Pero son terreno peligroso, como descubrieron Elimelec y Abram.

Abram decidió bajar a Egipto, donde encontró su próxima prueba, *la del temor*. Temía por su vida a causa de su esposa hermosa, Sarai. Le pidió que dijera que era su hermana. Conforme a la costumbre oriental, era cierto; ella era hija de su padre pero no de su madre, y él se había casado con ella.

Pero el propósito era engañar y, como temía, Sarai fue conducida al harén de Faraón. Dios intervino en misericordia. Sarai recobró su libertad sin ser abusada; la compañía se marchó de Egipto, tal vez más triste y más sabia a raíz de la experiencia.

La Palabra de Dios afirma que el temor del hombre pondrá lazo, Proverbios 29.25. Pedro aprendió la lección por una vía amarga, sentado en el patio ante el fuego de mundanos. El hombre que se jactaba que iría a la cárcel y aun a la muerte por el bien de su Señor, lo negó en el momento de la prueba. Ninguno de nosotros debe decir qué haría al sufrir, ser torturado o condenado a morir por el testimonio de Cristo. Sin embargo, se nos manda a no temer a quienes matan el cuerpo, sino a Aquél que puede lanzar alma y cuerpo en el infierno; Mateo 10.28.

Al salir de Egipto de regreso a la tierra prometida, Abram enfrentó la cuarta prueba de su fe. Fue la de *una contienda*. Hubo choque entre los pastores del ganado de Abram y los pastores del ganado de Lot.

El cananeo y el ferezeo habitaban entonces en la tierra, y esa población pagana estaba observando. La abundancia representa peligro. Los dos tuvieron que separarse. Con benignidad, Abram le dio a Lot la oportunidad para que escogiera su rumbo. Tristemente, éste escogió mal, y con resultados desastrosos. Lo que había visto en Egipto influyó en él; las bien regadas llanuras del Jordán eran como la tierra egipcia, y él fue poniendo su tienda hacia Sodoma. Aquella estadía en Egipto tuvo repercusiones de largo alcance.

Las Escrituras y la historia de la Iglesia contienen muchos ejemplos trágicos de las consecuencias de fricción entre el pueblo de Dios. Una de las principales armas de Satanás es la cuña. Él introduce el filo delgado y luego golpea feamente hasta abrir gran brecha. Abram y Lot, Pablo y Bernabé, son ejemplos primarios. La obra del Espíritu es de construir y unir; la de Satanás, de dividir y destruir.

El ocaso de la fe

Dios le había prometido a Abram que en él y su simiente serían bendecidas todas las familias de la tierra. Dijo que su descendencia sería como el polvo de la tierra, Génesis 13.16, y las estrellas del cielo. El patriarca creyó a Dios y le fue contado por justicia, 15.5-6. Un pacto solemne lo confirmó; habría una descendencia terrenal y una celestial. Ahora su nombre sería Abraham, que quiere decir “padre de muchas naciones”.

Pero no tenía prole. Dios le había dado la promesa y el pacto, pero muchos años habían transcurrido sin evidencia de su cumplimiento. ¿Dios se había olvidado? Abraham tenía 85 años, y por sugerencia de su esposa Sarai se unió a una esclava egipcia. Nació Ismael.

Las consecuencias de esa iniciativa y falta de fe han perdurado cuarenta siglos. La enemistad entre Isaac e Ismael, entre judío y árabe, es más pronunciada que nunca, y desaparecerá tan sólo cuando el Hijo y simiente de Abraham, el Mesías, vuelva y establezca su reino.

El triunfo de la fe

En el cumplimiento del tiempo nació Isaac, el hijo de la promesa. Dios no se había olvidado. Pero se presentó la prueba definitiva de la fe y obediencia de Abraham: “Toma ahora tu hijo, tu único, Isaac, a quien amas, y vete a tierra de Moriah, y ofrécelo allí en holocausto sobre uno de los montes que yo te diré” (Génesis 22.2).

Abraham no titubeó. La fe había alcanzado su apogeo. El escritor a los

Hebreos nos cuenta que el patriarca pensó que Dios es poderoso para levantar aun de entre los muertos, de donde, en sentido figurado, también volvió a recibir a Isaac.

Varios grandes términos bíblicos figuran por primera vez en Génesis 22. Ejemplos son *hijo único* en el sentido de unigénito; *amar*; *adorar*; *holocausto*. El capítulo es una magnífica figura de la muerte sustitutiva del Salvador; se presenta como transacción entre padre e hijo. En el 22.17 se repite y se enfatiza el pacto original con Abraham, agregando una tercera metáfora: la simiente. Además del polvo de la tierra y las estrellas del cielo, su simiente sería como la arena que está a la orilla del mar. Al final del capítulo se presenta la genealogía de la esposa de Isaac, Rebeca.

Tres veces Abraham figura en las Escrituras como *El Kalil*, el amigo de Dios: 2 Crónicas 20.7, Isaías 41.8, Santiago 2.23. Cuatro veces en el Nuevo Testamento encontramos las palabras, “Abraham creyó a Dios;” Romanos 4.3, 17, Gálatas 3.6, Santiago 2.23. Así era su vida.

Cuando Dios llama a uno y lo manda a su obra, Él espera una obediencia implícita y una fe sencilla en su promesa de proveer lo necesario para cada día. Abraham es el ejemplo sobresaliente. En tiempos más modernos George Müller en Inglaterra y Hudson Taylor en la China nos enseñaron la lección de que no ha cambiado el Dios de Abraham. Dijo Hudson Taylor: “La obra de Dios, realizada a la manera de Dios, siempre contará con el apoyo de Dios”. El siervo que Él ha enviado —encomendado por sus hermanos y gozando de la confianza de la iglesia local— que se dedica honestamente a la labor que le corresponde cada día, normalmente recibirá el sostén que requiere. Podrá ser probado como Abraham, pero Dios es fiel y cumple lo que promete; Hebreos 11.11.

Moisés: el principio del liderazgo

Moisés fue uno de los hombres más sobresalientes que jamás haya vivido. Tuvo una profunda influencia sobre sus contemporáneos y un tremendo impacto sobre la historia. Sus actividades ocupan 137 capítulos de la Biblia; es el autor del Pentateuco y los Salmos 90 y 91. Ochenta veces es mencionado en el Nuevo Testamento, más que cualquier otro personaje del Antiguo Testamento.

Es llamado profeta en Deuteronomio 18.15, sacerdote en Salmo 99.6 y rey en Deuteronomio 33.5. Abraham se identifica como el amigo de Dios y Moisés como el varón de Dios (título del Salmo 90). Si Abraham es el padre de su nación, demostrando el principio de la fe, Moisés es su libertador de la servidumbre, simbolizando el principio del liderazgo.

Dios presupuestó la vida de Moisés. De sus ciento veinte años, éste vivió cuarenta en Egipto en la escuela del mundo, aprendiendo a ser alguien; cuarenta en el desierto en la escuela de Dios, aprendiendo a ser nadie; y cuarenta como líder del pueblo de Dios, aprendiendo la fidelidad suya. De manera que los primeros dos tercios de la vida de este hombre fueron de preparación para la obra que le había sido asignada.

Cuarenta años en el palacio

Hubo dos cosas que tuvieron un impacto profundo en Moisés durante sus primeros años de vida. Por un lado, la hija de Faraón lo preparó para una posición real en Egipto, pero, por otro, su madre lo preparó para ocupar un lugar entre el pueblo de Dios.

Esteban nos informa que a Moisés se le enseñó sobre toda la sabiduría de los egipcios y era poderoso en palabras y obras. Así, se desarrollaron tres áreas de su personalidad. Es posible que haya sido estudiante en el templo del sol, llamado la Oxford del Egipto antiguo. Aprendería a leer y escribir jeroglíficos, dominando también matemática y química, además de la experticia egipcia en la astronomía. Recibiría una educación política y clásica junto con la ética de la corte.

En fin, era candidato para una posición de importancia en el mayor imperio de la época. Además, era “poderoso en palabras”. Más adelante diría que no sabía hablar, pero después de haber pasado cuarenta años hablando otro idioma al otro lado del desierto. También era “poderoso en obras”, un hombre práctico en la aplicación de sus conocimientos.

Con este *curriculum vitae*, se pensaría que Moisés estaba completamente preparado para la misión de su vida. Pero Dios no lo pensaba así. En la escuela de los hombres no había aprendido la mansedumbre y dominio propio. Era impulsivo. Viendo que un egipcio oprimía a un israelita, se enojó y mató al opresor, enterrando su cadáver en la arena.

Hebreos 11.24-26 nos relata el otro lado de la historia. Cuatro verbos figuran en ese pasaje sobresaliente: *rechazó, escogió, estimaba y miraba*. Rechazó ser hijo de la princesa; escogió ser maltratado con el pueblo de Dios; tenía por estima el vituperio de Cristo; y, tenía la mirada puesta en el galardón. Los tiempos gramaticales indican un momento de crisis. Los primeros dos verbos están en tiempo aoristo —un suceso en un momento dado— y los otros dos señalan los resultados. Moisés huyó al desierto y comenzó la segunda fase de su vida.

Cuarenta años en el desierto

Elías, Juan Bautista y Pablo tuvieron su experiencia en el desierto. Al comienzo de su ministerio público nuestro Señor pasó cuarenta días en el desierto, y en otras ocasiones también, según Marcos 6.31. ¿Tiempo mal

gastado? El desierto es el lugar de prueba y aprendizaje. Es donde Dios prepara a sus siervos.

Moisés llegó a ser pastor y padre, una valiosa disciplina conjunta. Nadie está en condiciones de aconsejar en materia de familia hasta haber pasado por la escuela del sufrimiento con Dios. La experiencia práctica es un maestro severo pero valioso.

Mientras atendía su rebaño, Moisés vio una zarza que ardía pero no se consumía. Había llegado el momento para su llamamiento a su obra de por vida. La zarza ardiente fue el primero de una serie de milagros en los cuales Dios trató con cinco partes de su anatomía.

Sus pies. Al acercarse a la zarza para contemplar semejante espectáculo, Dios le habló: “¡Moisés, Moisés! ... Quita el calzado de tus pies, porque el lugar en que estás, tierra santa es”. Su primera lección fue la de reverencia en la presencia de Dios. Sería una característica primaria en la vida de Moisés.

En nuestra vida moderna, la reverencia a Dios está en franco deterioro. Apelamos por reverencia en nuestra manera de hablar de Él en ministerio y evangelismo, y al dirigirnos a Él en oración y adoración. La familiaridad del lenguaje callejero y los chistes calculados para provocar risa, no deben encontrar lugar en el ministerio de un hombre que ha estado en la presencia del todopoderoso Soberano del universo.

Su mano. “Jehová dijo: ¿Qué es eso que tienes en tu mano? Y respondió: Una vara. Él le dijo: Échala en tierra. Y él la echó en tierra, y se hizo una culebra; y Moisés huía de ella. Entonces dijo Jehová a Moisés: Extiende tu mano, y tómalala por la cola. Y él extendió su mano, y la tomó, y se volvió vara en su mano”, 4.2-4.

La lección es obvia. La vara era el llamado del pastor con el cual cuidaba las ovejas. Más adelante sería el cetro y la vara de hierro, Salmo 2.9, Apocalipsis 2.27. Es símbolo de la autoridad y gobierno. El primero que contó con una vara de dominio fue Adán. En su caso, fue echada a tierra y se hizo una serpiente mortífera. Pero otro hombre, el postrer Adán, ha aplastado la cabeza de aquella serpiente.

Moisés el siervo la toma por la cola y se hace vara en su mano. Él la emplearía cinco veces en los años por delante. Con ella se enfrentó a Faraón, abrió el Mar Rojo, golpeó la peña para sacar el agua viva y en Éxodo 17.9 controló a Amalec, el enemigo del pueblo de Dios.

Nuestro Señor dijo en su Gran Comisión: “Toda potestad me es dada en el cielo y en la tierra. Por tanto, id...” Bienaventurado el creyente que cuenta con la ordenación de las manos horadadas y lleva en su propia mano la vara de la potestad delegada del Cristo resucitado y glorificado.

Su seno. “Le dijo además Jehová: Mete ahora tu mano en tu seno. Y él metió la mano en su seno; y cuando la sacó, he aquí que su mano estaba leprosa como la nieve. Y dijo: Vuelve a meter tu mano en tu seno. Y él volvió a meter su mano en su seno, y he aquí se había vuelto como la otra carne”, 4.6-7.

Aquí encontramos la lección de la depravación y corrupción humana. Declaró Pablo en Romanos 7.18: “Yo sé que en mí, esto es, en mi carne, no mora el bien”. El siervo que sale a la obra del Señor sin haber aprendido esta lección, es el más digno de conmiseración de todos los hombres. Está con nosotros aún el hombre viejo y sus anhelos, como también la depravada naturaleza pecaminosa. Se nos exhorta a crucificar a ese viejo con sus hechos, pero a la vez ellos están con nosotros mientras dure el cuerpo. Hay en nuestro seno mucha leña seca que Satanás puede prender con sus teas malignas.

Pero gracias a Dios por el Espíritu de vida en Cristo Jesús que mora adentro, por la Palabra de Dios, y por el Intercesor que está a la diestra de Dios para darnos la victoria en el momento de necesidad. No han cambiado ni el mundo afuera ni el diablo debajo de nosotros, pero podemos triunfar por medio de Cristo Jesús nuestro Señor.

Su boca. “Dijo Moisés a Jehová: ¡Ay, Señor! Nunca he sido hombre de fácil palabra, ni antes, ni desde que tú hablas a tu siervo; porque soy tardo en el habla y torpe de lengua. Y Jehová le respondió: ¿Quién dio la boca al hombre? ... ¿No soy yo Jehová?” 4.10-11 Las palabras de Moisés son mera excusa; él no quería volver a Egipto y enfrentar a Faraón. En Egipto había sido demasiado precipitado, y ahora lo encontramos demasiado vacilante. La mayoría de los predicadores sienten lo mismo al comienzo de su carrera; pocos son elocuentes o fáciles de palabra. Por lo general una buena y capacitada oratoria exige trabajo arduo y estudio aplicado, y viene sólo con tiempo y experiencia. Una mera volubilidad y ganas de hablar es una característica que asusta. Uno que no puede quedarse callado es aburrido y molesto.

Pero qué consuelo es cuando Dios dice: “Ahora, pues, ve, y yo estaré con tu boca, y te enseñaré lo que hayas de hablar”. Y qué gozo es cuando uno siente que el Espíritu Santo está hablando y el pueblo de Dios está recibiendo provecho de la palabra dicha.

El apóstol Santiago tiene mucho que decir acerca de la lengua, tanto a favor como en contra.

Su rostro: Éxodo 34.29-35. “La piel de su rostro resplandecía”.

Moisés pasó dos lapsos de cuarenta días en la montaña de Sinaí. Después del episodio trágico de la adoración del becerro de oro, seguido de la destrucción de las primeras tablas de la ley, subió de nuevo para recibir

una nueva visión y un pacto renovado. Veló su rostro al hablar con el pueblo; la comunión con Dios hizo que su piel resplandeciera.

Pablo aplica esta lección en 2 Corintios 3.13-16. La experiencia de Moisés fue pasajera; él vio la gloria momentáneamente. Pero estar bajo la gracia es una gloria permanente. La comunión con Cristo en su Palabra producirá un rostro radiante por obra del Espíritu Santo.

Cuarenta años de servicio

El llamado de Moisés frente a la zarza ardiente y la promesa de Dios de estar con él fue la base y fundamento de los últimos cuarenta años de su vida. Su enfrentamiento con Faraón, la Pascua y el Éxodo, el pacto, la entrega de la ley ceremonial en Sinaí, la construcción del tabernáculo, la nube y el fuego de gloria, la presencia y dirección de Dios a lo largo de cuarenta años de travesía del desierto — todo esto tenía su estímulo y poder en el hecho que Dios mismo lo había llamado y capacitado para la obra.

La necesidad apremiante en la Iglesia hoy día es de líderes competentes, enviados e instruidos por Dios. No descontamos una educación seglar como la que Moisés recibió en Egipto; Dios la emplea al encontrarla dedicada al servicio suyo. Pero nunca debemos buscar un atajo para evitar la escuela al otro lado del desierto. Es la prerrogativa del Espíritu Santo levantar hombres para ser líderes entre su pueblo. Los intentos humanos fracasan, ¡pero Dios no!

Gedeón; el principio de la dirección

El libro de Jueces ha sido llamado el libro de la tercera generación. Trata de la Edad del Oscurantismo en Israel, trazando un espiral de descenso espiritual. Cuando comienza el relato, Israel estaba en la cumbre del triunfo donde la obra de Josué le había conducido. Al final, su condición es una de anarquía política y religiosa.

Cada cual hacía según le parecía; no había rey en Israel. Se relatan siete vueltas de la espiral, cada una identificada con las palabras, “los hijos de Israel hicieron lo malo ante los ojos de Jehová”. Pero en el debido tiempo Dios levantaba un libertador, un “juez”, para conducir al pueblo de nuevo a Él. Algunos tuvieron más éxito que otros. Algunos, como Sansón, fracasaron tristemente la mayor parte del tiempo.

La historia de Gedeón es la más detallada. Samgar cuenta con un solo versículo, pero se dedican tres capítulos a la vida de Gedeón. Ésta abarca sendas esferas: su hogar en el capítulo 6, el campo de batalla en el 7 y su

relación con sus hermanos en el 8. Triunfó holgadamente en las primeras dos esferas y fracasó trágicamente en la tercera.

La condición de Israel

Su pecado era el de la idolatría. Ellos se dedicaban a la sucia adoración de Baal y Astarot, 2.11-19. Una sola generación bastó para que volviesen a ese fango de paganismo. Dios, en disciplina, los entregó en manos de los madianitas y amalecitas. Madián significa *contienda* y Amalec *la carne*. Son pareja.

Éstos invadieron la tierra y destruyeron los alimentos. Eran como langostas, cayendo sobre todo y dejando atrás carencia y destrucción. Llegaron con su ganado, tiendas y camellos, con el propósito de quedarse. En efecto, su ocupación duró siete años y para Israel eso quería decir hambre de inmediato. Débora en su período de gobierno tenía su despacho debajo de una palmera en el sol de Ramá y Bet-el, pero ahora el pueblo se veía obligado a refugiarse en cuevas. Mientras Madián y Amalec estuvieron en el mando, éste fue siempre el resultado.

El llamamiento de Gedeón

En condiciones de alejamiento y opresión, Dios siempre busca a un hombre. En este caso lo encontró en Gedeón, quien no sacudía su escuálida cosecha de trigo al aire libre, sino secretamente en el lagar excavado en la tierra, para no ser visto por los madianitas. Él representa la fuerza subterránea de Israel, opuesto al poderoso invasor.

Obsérvense tres cosas en cuanto a este hombre:

- Estaba resuelto a que él y su familia no pasaran hambre, a pesar de la presencia del madianita.
- Le pesaba la condición espiritual y material de la nación; 6.13.
- Tenía un concepto humilde de sí mismo.

Dijo que su tribu, la de Manasés, era la menos numerosa en Israel. Su familia era la más pobre de la tribu, y él se consideraba el más insignificante de la familia.

Nada sorprende que Jehová lo haya mirado, 6.14. Tres pronunciamientos del Ángel comunicaron su llamamiento:

- Jehová está contigo, varón esforzado y valiente, versículo 12. Fue una promesa de la presencia del Señor.
- Vé con esta tu fuerza, versículo 14. Fue una orden para actuar.
- Ciertamente yo estaré contigo, versículo 16. Fue una promesa de triunfo.

Tres señales confirmaron este llamado:

- Un sacrificio acepto, figura del Calvario. Fue una ofrenda de paz, una oblación y una libación.
- El rocío en el vellón, figura del rocío del Espíritu de Dios, primeramente sobre el pueblo de Dios y luego sobre el mundo seco en derredor.
- El sueño del pan de cebada, una señal no solicitada que confirmó su llamamiento. Es alimento para el hambriento que pone a los madianitas a huir, ¡y en la forma del pan de los pobres!

Preparación, prueba y pertrechos

Gedeón había edificado un altar para Dios, llamándolo Jehová-salom, “El Señor es paz”. Pero había otro altar en su hogar, un altar a Baal, y éste tenía que ser quitado. Los dos no podían coexistir; él no podía atacar al enemigo hasta haber tratado el problema que estaba más cerca. Temeroso de hacerlo de día, lo derribó en la noche y de esta manera puso su vida en riesgo. Pero, inesperadamente, su padre lo apoyó y, al hacerlo, salvó la situación. Su primer convertido fue uno de su propia familia.

Entonces recibió un nombre nuevo, Jerobaal, y una fuerza nueva. “El Espíritu de Jehová vino sobre Gedeón”. Esta maravillosa declaración figura en Jueces 6.34, 1 Crónicas 12.18 (Amasai) y 2 Crónicas 24.20 (Zacarías) como señal de fortalecimiento para la tarea por delante.

Gedeón tocó trompeta y pronto 32,000 hombres se presentaron para seguirlo. Pero a los ojos de Dios el número era exagerado; Él no siempre está al lado de los grandes batallones. La gente puede afirmar que puede lograr cualquier cosa con dinero, hombres y metodología, pero no es así en lo espiritual. No pocas veces la mayoría está equivocada.

La multitud mixta fue puesta a doble prueba: primeramente su *valentía* y luego su *carácter*.

Se mandó a casa de una vez a aquellos que tenían miedo, de manera que 22,000 aprovecharon la oportunidad, dejando un tropa de 10,000 verdaderos guerreros. Pero todavía sobraban hombres, así que fueron llevados al arroyo con la orden de beber. La prueba fue sencilla pero fecunda en su moraleja. Los avisados se quedaron de pie y tomaron el agua en las manos cerradas como vaso. Otros se agacharon sobre rodillas y manos para beber, y fueron rechazados. De los 32,000, resultó que sólo 300 estaban en condiciones de enfrentar al enemigo.

Una tea, una trompeta y un cántaro. Una *trompeta* para sonar, una *tea* para brillar y un *cántaro* para quebrar.

Parecen armas ridículas para enfrentar un ejército de 135,000 hombres, pero fue con ellas que Dios iba a ganar la victoria, y es así todavía. La

trompeta de plata es el mensaje del Evangelio, una necesidad en la estima de los hombres pero poderoso en Dios para la destrucción de fortalezas. La tea es el testimonio que brilla en la oscuridad del desierto que es este mundo y el cántaro roto es el cuerpo humano del siervo, presentado cual sacrificio vivo, santo y agradable a Dios como está expresado en Romanos 12.1-2.

Estas armas extraordinarias, empleadas conforme a las instrucciones de Dios y bajo su dirección, resultaron en una desbandada entre los madianitas. La lección para nosotros es tan clara como el sol al mediodía: “un hombre más Dios es mayoría”.

El triste fracaso de Gedeón

El libro de Jueces ilustra el principio del liderazgo en tiempos adversos. Pero muchas veces el fracaso se hace presente en la vida del hombre que Dios ha usado en una gran obra de avivamiento. Así como Noé, Salomón y Uzías, Gedeón cayó en una trampa al final de su vida.

Rechazó ser rey, pero guardaba la ambición de ser sacerdote. Destruyó una forma crasa de idolatría, pero estableció una forma modificada en su comunidad. Gedeón había podido razonar que el efod es una vestimenta enteramente bíblica, ordenada por Dios para simbolizar la adoración, pero este efod constituyó un tropiezo para él y su nación. Como sucede tan a menudo en la historia humana, es posible ganar la guerra y perder la paz. Rogaba George Müller, aquel hombre de fe y oración que vivió 93 años: “Señor, ¡sálvame de ser vil en la vejez!”

El principio de la dirección

Gedeón fue llamado, capacitado y guiado por Dios en su servicio. Pidió señales para asegurarse que estaba en el camino acertado. Dios confirmó su presencia por medio del sacrificio acepto, el vellón y rocío, y el sueño del pan de cebada.

¿En estos tiempos debe uno pedir la confirmación de un llamado a un servicio especial? Se oye con frecuencia de “colocar el vellón en la era”. A menudo Dios, en su gracia providencial, sí envía señales visibles de que Él nos está guiando, pero el principio fundamental en esta época de la gracia es que andamos por fe y no por vista. Él nos guía en la actualidad por medio de su Palabra aplicada en el poder del Espíritu Santo, y no pocas veces por las circunstancias.

Dios todavía abre y cierra portones de hierro. No debemos buscar un atajo al consejo de creyentes espirituales, gente piadosa que está en contacto con Él y conocen su Palabra. Nuestra responsabilidad es ser sensibles a la dirección del Espíritu Santo en toda decisión que tomemos en nuestra vida y servicio para el Señor.

Eliseo; el principio del discipulado

Si el libro de Jueces es la época oscura de la teocracia, el período de Elías y Eliseo es la época oscura de la monarquía en Israel.

Cincuenta y ocho años habían pasado desde la división del reino bajo Jeroboam. En este breve lapso Judá contó con cinco reyes reformadores. Israel, con el gobierno central en Samaria, contó con siete, todos ellos hombres impíos. El mal culminante vino con Acab y su consorte impía Jezabel. Éste era hombre débil, dominado por la peor mujer en la historia de Israel. Ella introdujo la prostitución religiosa y la persecución política. Baal y Astarot eran deidades masculinas y femeninas, respectivamente, representando una mezcla entre la religión y la crasa inmoralidad.

Dios se sirvió del rey para la reforma y avivamiento en Judá, pero en Israel se sirvió del profeta. Elías y Eliseo eran de personalidades y características diferentes. Elías era de la planicie, un hombre del campo de Galaad que parecía tosco. Su ministerio se caracterizó por fuego, agua y denuncia. En contraste, el ministerio de Eliseo, su sucesor, se caracterizó por alimento, aceite y sal, los ingredientes de la oblación. Juan el Bautista sería el Elías del Nuevo Testamento, mientras que Eliseo tipifica el ministerio consolador y fragante del Señor Jesús.

Su nombre y vida

El nombre de este hombre, Eliseo, quiere decir “Dios es salvación”. Era hijo de Safat y vivía en Abel-mehola, al extremo norte del valle del Jordán y un poco al sur del mar de Galilea. Veintinueve veces se habla de él como un varón de Dios y una vez como un santo varón de Dios. Sirvió a Jehová por sesenta y seis años, desde su llamamiento en 1 Reyes 19.19-21 hasta su muerte en 2 Reyes 13.20. Este hombre pasó diez años con Elías como aprendiz y luego cincuenta y seis trabajando solo. El suyo fue un período de servicio mayor que el de cualquier otro profeta del Antiguo Testamento.

Su vida se divide en cuatro partes:

- Llamado y separación, 1 Reyes 19
- Comisión en la ocasión del traslado de Elías, 2 Reyes 2
- Realización de su ministerio profético, 2 Reyes 3-4
- Ministerio más amplio en esfera nacional, 2 Reyes 5-9

Su carrera abarca los reinados de Jeroboam, Jehú, Joacaz y Joás. Tuvo la responsabilidad de llevar a cabo las órdenes que Elías había recibido en Horeb. Su larga vida y servicio uniforme puso de manifiesto que había aprendido la lección que Elías escuchó en la cumbre del monte; el mensaje

de Dios no está en el fuego ni en la tempestad, sino en la voz apacible que se oye en la presencia de Dios.

Su llamamiento

Dios en Su soberanía tenía su ojo puesto en Eliseo, 1 Reyes 19.16. Elías, al echar su manto sobre su sucesor, estaba sencillamente llevando a cabo las instrucciones que había recibido en Horeb.

Lo encontró ocupado en su faena diaria, arando con bueyes. Dios llama a los hombres de una variedad de ocupaciones seculares: un rico urbano, el heredero de un trono, un pastor, un pescador y un cobrador de impuestos. Ganarse el pan de cada día en un empleo o profesión es una disciplina que moldea el carácter de uno. Aquellos que se lanzan directamente de la escuela o colegio a un servicio a tiempo completo para el Señor, sin esta experiencia, pierden uno de los preparativos más valiosos para el servicio en la obra del Señor. Pablo fabricaba tiendas; Pedro pescaba en el lago. ¡Ganar dinero por esfuerzo propio, y gastarlo con prudencia, es una lección valiosa en la escuela de la vida!

Hubo tres consecuencias del gesto simbólico de Elías de echar su manto sobre Eliseo:

- Su solicitud de despedirse de sus padres, evidenciando así una naturaleza afectuosa.
- El sacrificio de su medio de sustento —los bueyes— y la fiesta para sus amigos, evidenciando que no podría echarse para atrás.
- Su marcha tras Elías y la atención que le prestaría.

Por diez años sirvió como el inferior al mayor. “Aquí está Eliseo, hijo de Safat, que servía a Elías”, 2 Reyes 3.11. Probablemente es a este pasaje que nuestro Señor alude en Lucas 9.62: “Ninguno que poniendo su mano en el arado mira atrás, es apto para el reino de Dios”. Eliseo rompió de un todo con su pasado.

Su comisión y asignación

Hay mucho en el llamamiento y carrera de Eliseo que nos hace recordar a Timoteo y la relación que tenía con el apóstol Pablo. Parece ser un principio en las Escrituras que el mayor oriente y aconseje al menor, y éste a su vez escuche y aprenda a jugar un papel secundario hasta que llegue a cierta madurez.

Poco antes del traslado de Elías al cielo, éste llevó a Eliseo a hacer una última y silenciosa evaluación de la tarea por delante. Fueron juntos a Gilgal, Bet-el, Jericó y al Jordán. Todas estas localidades contaban con un

pasado glorioso en la historia de la nación, pero ahora se encontraban hundidas en alejamiento y apatía.

Gilgal había sido la base de operaciones en la conquista de la tierra. Fue aquí que se llevó a cabo el rito de la circuncisión, se celebró la pascua y se comió el fruto de la tierra. El Ángel de Jehová se presentó en medio y el pueblo, bajo el mando de Josué, enfrentó y venció a sus enemigos. Pero ahora Gilgal era uno de los centros de la apostasía nacional.

Bet-el, “casa de Dios”, se asocia con Abraham y Jacob y la revelación de la presencia divina. Ahora estaba allí uno de los becerros de Jeroboam; era un centro de idolatría y en desdén era llamado Bet-avén, “casa de necesidad”, Oseas 4.15.

Jericó, ciudad de palmeras, había sido designada para destrucción. En un despliegue de poder divino cayeron los muros, pero Rahab con su cordón de hilo escarlata fue salvada. Ahora era símbolo de desafío y rebelión. Hiel de Bet-el había reconstruido la ciudad y en consecuencia murió junto con los suyos.

El Jordán fue el lugar donde el arca reposó y las aguas fueron aguantadas para que el pueblo pasara en resurrección espiritual. Se abrió una vez para dejar a los israelitas entrar en la tierra, ¡y ahora se abre para dejar a Elías salir!

En esta crucial circunvalación de sitios históricos, Elías le pide a Eliseo que se quede en una y otra localidad. ¿Acaso quería deshacerse de él? Por supuesto que no, sino averiguaba cuánto había comprendido Eliseo. Tres veces dijo: “Quédate ahora aquí”. Estaba probando la fidelidad de su sucesor. Pero Eliseo no se separó de su mentor; “Fueron, pues, ambos”.

Su crisis, 2 Reyes 2.8-14

Una vez que habían cruzado el Jordán, sucedieron cuatro eventos clave:

- Elías le dijo a Eliseo: “Pide lo que quieras que haga por tí”. Y la respuesta fue: “Te ruego que una doble porción de tu espíritu sea sobre mí”.
- Hubo una condición: “Si me vieres cuando fuere quitado de tí, te será hecho así”. Aconteció que un carro de fuego y caballos se manifestaron, y Elías subió al cielo en un torbellino. ¡Eliseo lo vio suceder!
- Cayó el manto del viejo, símbolo de sucesión y fuerza. Eliseo rompió sus propios vestidos.
- Contemplando a aquél que había sido su mentor, clama: “¡Padre mío, padre mío!”

Y así es con el siervo de Cristo en estos tiempos. La medida de nuestra semejanza a Él depende de nuestra ocupación con el Cristo ascendido y

glorificado. La condición única es: “Si me vieres”. El ojo de fe lo percibe a la diestra del Padre, y el nuevo ministerio fluye de la asociación con Cristo en su muerte, resurrección y ascensión.

¡Eliseo, entonces, abandona su propia vestimenta y recoge el manto caído!

Su ministerio nuevo

Acaecido todo esto, nuestro protagonista vuelve a su obra de reformación. Traza la circunvalación en el sentido contrario, encontrando en Jericó agua mala, en Bet-el muchachos malos y en Gilgal alimento malo.

Al cruzar el Jordán su primera dificultad fue el escepticismo de los hijos de los profetas, quienes se negaron a creer que Elías había sido trasladado. Para las aguas amargas de Jericó, el remedio fue echar en la fuente una vasija nueva. En Gilgal había veneno en la olla que usaban los hijos de los profetas. El remedio ahora se encuentra en un potaje sano, “y no hubo más mal en la olla”.

En el Jordán, Naamán tuvo que zambullirse siete veces en el río para ser sanado de su lepra. Pero en Bet-el no había remedio sino juicio, ya que el profeta fue objeto de burla. Para la viuda en bancarrota, su consejo fue traer vasos vacíos y echar en ellos aceite de la insignificante reserva que quedaba. Sal, hierbas, aceite y agua del río fueron los ingredientes que Eliseo empleó en su ministerio de sanidad y consuelo.

La lección sobresaliente de la vida de este hombre es la del *discipulado*. Para él la escuela de Dios había sido diez años de aprendizaje con Elías. Él echó agua sobre las manos de éste¹ pero más adelante Dios derramó el agua del Espíritu sobre él, y él a su vez la derramó sobre un mundo sediento y necesitado.

Encontramos este principio divino en la relación que había entre Moisés y Josué, Samuel y David, Jeremías y Baruc, Pablo y Timoteo. Ninguno es apto para ser líder si no está dispuesto a seguir. La verdadera humildad se aprende muchas veces fuera de la vista en tareas nada prestigiosas. Es acertada la expresión de que se requiere gran gracia para tocar el segundo violín.

Isaías; el principio de la santidad

El descubrimiento en 1947 de los pergaminos cerca del Mar Muerto fue un acontecimiento sobresaliente en la arqueología. W.F. Albright

1 Así se lee en 2 Reyes 3.11 en la Reina-Valera de 1909 y la Versión Moderna de 1893, por ejemplo. En la Reina-Valera de 1960 dice sencillamente que Eliseo “servía a Elías”.

lo llama el mayor hallazgo arqueológico de manuscritos en tiempos modernos. Entre ellos hubo dos ejemplares de la profecía de Isaías: uno de ellos completo y en la antigua escritura hebrea, y otro que contiene casi un tercio del texto. Fueron copiados en el año 100 a.C. o antes y se parecen muchísimo al texto que figura hoy día en nuestras Biblias. El descubrimiento ha generado un interés renovado en el estudio de este hermoso libro profético. Los pergaminos se guardan en una estructura singular en Jerusalén llamado el Relicario del Libro.

La vida y ministerio de Isaías abarca aproximadamente setenta años, entre 750 y 680 a.C. Era contemporáneo de cinco reyes de Judá: Uzías, Jotam, Acaz, Ezequías y Manasés. Algunos de ellos eran buenos y otros malos. Manasés en particular era hombre impío, que vivió poco antes del cautiverio babilónico en 586 a.C.

Isaías era hijo de Amós (a quien no hay que confundir con el profeta del mismo nombre) y según la tradición estaba vinculado a la casa real de Judá. Se ha dicho que su libro es la Biblia en miniatura. La Biblia consta de sesenta y seis libros: treinta y nueve en el Antiguo Testamento y veinte y siete en el Nuevo. Isaías a su vez consta de sesenta y seis capítulos, divididos en treinta y nueve que están en paralelo con la enseñanza del Antiguo Testamento y los capítulos 40 al 66 que están en paralelo con la doctrina del Nuevo Testamento.

Esta segunda parte comienza con el ministerio de Juan el Bautista y termina con los cielos nuevos y tierra nueva. En el centro está el capítulo 53 que describe en detalle profético el nacimiento, rechazo, muerte, sepultura y gloriosa resurrección del Mesías. El tema de la segunda parte es el Siervo de Jehová. En lenguaje por demás hermoso, se presenta el advenimiento del Mesías en humillación y su reino espléndido por venir.

El llamamiento de Isaías

Fue llamado en el año que murió el rey Uzías. Según 2 Crónicas 26.20, ese rey fue castigado con lepra por haber tenido la osadía de entrar en el templo para ofrecer incienso. Era pecado de orgullo y presunción, el pecado de Nadab y Abiú, Levítico 10.1-3. Uzías había reinado cincuenta y dos años y era el más poderoso y capaz de los reyes de Judá. Era militar, estadista, agrónomo e inventor. La ciencia y estrategia dieron estabilidad a su trono, pero el pecado lo vació.

Habiendo sentido el golpe de este desastre 7 años después cuando el rey murió, Isaías es llevado a la presencia de Dios y ve la visión de su santidad y majestad. La visión del capítulo 6 consiste en:

- una visión del trono, 6.1-4
- el procedimiento ante el altar, 6.6-8
- el reto y la comisión, 6.9-13

El trono

Isaías fue trasladado en espíritu de una escena de lepra y contaminación a una de santidad inmarcesible. Se asocian con el trono:

- Jehová, Adonai: Una comparación con Juan 12.41 (“Isaías dijo esto cuando vio su gloria, y habló acerca de él”). y Hechos 28.25 (“Bien habló el Espíritu Santo por medio del profeta Isaías...”) hace ver que se trata del Dios trino.
- El trono alto y sublime: Compárense Isaías 52.13 (“Mi siervo será prosperado, será engrandecido y exaltado, y será puesto muy en alto”), Filipenses 2.9 (“Dios también lo exaltó hasta lo sumo”) y Efesios 1.21 (“...sobre todo principado y autoridad...”).
- Fue en el templo que pecó Uzías, y aquí la santidad y gloria divina se manifiestan en él.
- Los serafines eran guardianes del trono, y contaban con cuatro alas para reverencia y adoración, además de dos para servicio. Claman: “Santo, santo, santo, Jehová de los ejércitos; toda la tierra está llena de su gloria”.
- La casa se llenó de humo, tal vez ésta sea la nube de gloria de la cual leemos en 2 Crónicas 5.13 y Ezequiel 10.4. Justicia y juicio son el cimiento de su trono, Salmo 97.2.

El altar

A consecuencia de esta visión espantosa del trono y la santidad divina, Isaías exclama: “¡Ay de mí!”

Seis veces había empleado la expresión en los cinco capítulos anteriores, refiriéndose a otros. Su primer *ay* fue dirigido a los mercaderes que monopolizaban los bienes raíces para sí. El segundo fue para el ebrio y el que vivía en deleites, y el tercero contra los que pervertían el derecho. Los últimos dos *ayes* cayeron sobre aquellos que seguían las enseñanzas de éstos. Isaías emplea lenguaje fuerte al condenar a estos pecadores.

Pero a la luz del trono y en la presencia de Dios, exclama: “¡Ay de mí! Que soy muerto; porque siendo hombre inmundo de labios, y habitando en medio de pueblo que tiene labios inmundos, han visto mis ojos al Rey, Jehová de los ejércitos”. Se ve cual leproso en medio de leprosos. Varones como Moisés, Job, David, Pedro y Pablo tuvieron esta experiencia, y es un requisito para todo siervo a quien Dios llama a realizar su obra.

Entonces voló hacia él uno de los serafines, teniendo en su mano un carbón encendido tomado del altar. Tocó los labios de Isaías con ese carbón, y le dijo: “Es quitada tu culpa, y limpio tu pecado”. No se trata

del altar de oro con su incienso, sino del altar de cobre para el sacrificio, donde se derramaba la sangre. El altar es la respuesta al trono.

El reto y la comisión

Convicto, confeso y limpio, recibe el llamado: “¿A quién enviaré [yo], y quién irá por nosotros?” Obsérvense el *yo* singular y el *nosotros* plural. Es el Dios Trino que llama, y tan sólo aquellos que han tenido la experiencia de Isaías pueden responder: “Heme aquí, envíame a mí”.

Hubo primeramente la *visión*, luego la *voz*, y ahora la *voluntad*. Ahora Isaías está en condiciones de recibir su comisión. Se le asigna un ministerio por demás difícil: “Anda, y di a este pueblo: Oíd bien, y no entendáis; ved por cierto, mas no comprendáis. Engruesa el corazón de este pueblo, y agrava sus oídos, y ciega sus ojos, ni oiga con sus oídos, ni su corazón entienda, ni se convierta, y haya para él sanidad”.

Se trata de un ministerio de endurecimiento y ceguera judicial, el cual afectaría el corazón, oído y visión de los oyentes. La corrupción fluye del corazón a los oídos y ojos, pero de éstos la sanidad alcanza el corazón, Romanos 10.17.

Este gran pasaje dispensacional fue cumplido en primera instancia en el destierro babilónico de Israel y Judá, como Moisés había profetizado siglos antes, Deuteronomio 30.18-20, 31.13. Se cita el pasaje siete veces en el Nuevo Testamento, y en particular en el contexto de tres ocasiones de crisis:

- en Mateo 13 y Juan 12.40-41, en el rechazo de Cristo por parte de Israel,
- en Hechos 28.25-27, citado por Pablo, cuando éste dejó a los judíos y se dirigió al mundo gentil al final de su ministerio público
- en la gran exposición dispensacional en Romanos, capítulos 9 al 11.

Al preguntar el profeta por cuánto tiempo debería proclamar a la nación este mensaje de endurecimiento judicial, recibió como respuesta: “Hasta que las ciudades estén assoladas y sin morador, y no haya hombre en las casas, y la tierra esté hecha un desierto; hasta que Jehová haya echado lejos a los hombres, y multiplicado los lugares abandonados en medio de la tierra”. En otras palabras, ¡él debe predicar hasta que no haya a quién predicar!

Sería por demás desalentadora esta misión para un hombre brillante como Isaías, poseedor de tanta habilidad y habiendo recibido un mensaje glorioso. Nos hace pensar en muchos honrados siervos de Dios en tierras musulmanas que han dado sus vidas en servicio abnegado pero con poco o ningún resultado visible. El Evangelio es como el calor del sol, derritiendo la cerca pero endureciendo la arcilla; 2 Corintios 2.15.

Pero la comisión termina con un mensaje de aliento; un Dios que guarda su pacto no podría permitir que el mensaje terminara en derrota. Un diezmo, o sea un remanente, volvería del cautiverio. Iba a sobrevivir el germen de vida —la simiente santa— en el tronco del árbol. La mesiánica Simiente Santa, la de la mujer, asegura la perpetuidad de la nación. Una cosa que no permitió que Israel fuese arrancado de un todo, fue la necesidad de preservar la línea de ascendencia del Mesías.

Desde este punto en adelante, la misión y el mensaje de Isaías contó con dos polos: una advertencia del juicio que vendría sobre la nación apóstata, y la esperanza de una Persona por venir con su misión mesiánica.

Todo el libro de Isaías contiene indicios del profundo y duradero concepto que Isaías tenía de la santidad de Dios, consecuencia de la visión del capítulo 6. Si bien el tema principal es la esperanza mesiánica, a lo largo de su libro él hace hincapié en la necesidad de una vida santa acorde con la santidad divina. Veinticinco veces habla del *Santo de Israel*, doce veces en la primera parte y trece en la segunda, mostrando así la unidad del libro. Solamente seis veces se encuentra este título en el resto del Antiguo Testamento.

La tradición es que Isaías murió cual mártir, metido dentro del tronco de un árbol hueco y aserrado; véase Hebreos 11.37. Sea auténtica o no esta tradición, los críticos han intentado hacer lo mismo con el libro de Isaías, afirmando que en realidad se trata de dos libros. Pero este gran título de Dios y su tema subyacente manifiestan que la profecía de Isaías es íntegra y de un todo confiable para el siervo de Dios en nuestros tiempos.

Jeremías; el principio del quebrantamiento

Jeremías era un sacerdote que vivía en Anatot, unos tres kilómetros al noreste de Jerusalén. Era descendiente de Abiatar el sacerdote e hijo de Hilcías, el sumo sacerdote que encontró el libro de la ley cuando Josías reinaba. Su tío era Salum, esposo de la profetisa. Probablemente Sapán, Baruc y Hananeel eran compañeros suyos en la juventud, un pequeño grupo de patriotas y santos.

Jeremías vivió en los últimos cuarenta años de la monarquía y tuvo la experiencia triste de observar la dolorosa postrimería de la nación descender por el resbaladero que la llevó a Babilonia.

1 Reyes, capítulos 22 al 25, describe la época trágica con sus mareas de avivamiento y alejamiento. A la postre tuvo que quedarse a un lado mientras su ciudad amada se lanzaba por el precipicio de la muerte y extinción nacional. Comenzando en el año 13 del reinado de Josías, por cuarenta años profetizó a lo largo de los reinados de los últimos cinco

monarcas de Judá y vivió por un tiempo en Egipto, cincuenta años en total. Llegó a los ochenta años de vida, y luego fue sepultado en las arenas de Egipto.

Dios levantó a tres varones —todos ellos profetas mayores— en este período crítico; a saber, Isaías, Jeremías y Ezequiel. Cada uno recibió un llamamiento notable. Cada uno se caracterizó por una vida ungida, para ser vehículo de comunicación de Dios a su pueblo. En cada caso Dios prestó atención específica a la boca:

- Tocó la boca de Isaías con un carbón encendido.
- Tocó la de Jeremías con la mano en bendición.
- Mandó a Ezequiel que comiera un pergamino con miel por dulzura, Ezequiel 3.1-3.

Jeremías es figura del Salvador en sufrimiento; (“Dijeron: ...Jeremías, o alguno de los profetas”, Mateo 16.14) un varón de dolores, profeta de lágrimas. Era de una disposición agudamente sensible y tierno; él mismo necesitaba el amor pero no le fue permitido casarse. Amaba al pueblo pero estaba obligado a profetizar desastres; había un antagonismo triste entre su corazón y su mensaje. Alexander Whyte lo llama “el supremo profeta de Dios al corazón humano”. Vivía verdades indeseables. La suya no era tarea para débiles, sino exigía fe, fuerza y fidelidad.

Llamamiento y reacción

Parece que fue llamado dos veces, con un lapso de veintidós años de por medio. Primeramente cuando joven, y también temprano en el reinado de Joacim; compárense cuidadosamente los capítulos 1 y 25 al 27. Había ministrado por veintidós años antes de recibir la orden de anotar sus mensajes. Con Baruc por amanuense, los puso por escrito.

Su primer llamamiento se encuentra en el capítulo 1: “Vino, pues, palabra de Jehová a mí, diciendo: Antes que te formase en el vientre te conocí, y antes que nacieses te santifiqué, te di por profeta a las naciones”.

Conocido, santificado y ordenado antes de nacer. He aquí el gran principio de la elección divina. Lo humano es abrir un canal y esperar que Dios vaya por él, pero Él hace caso omiso de estos canales y escoge el suyo propio. Sansón, Samuel, Juan el Bautista y Pablo fueron escogidos y ordenados por Dios antes de nacer. Hay también diferencias entre aquellos a quienes Él selecciona: un aristócrata, un agricultor, un pastor, un boyero, un empleado de la hacienda nacional y un estudiante de teología.

Es así también en estos tiempos. Whitefield, mensajero para una taberna; Moody, vendedor de zapatos; Booth, asistente de un usurero; Moorehouse, carterista; Slessor, obrera en una fábrica; McNeil, colector

en un ferrocarril. Dios puede tomar el material menos prometedor y convertirlo en un gran instrumento para su servicio.

“Yo dije: ¡Ah! ¡ah, Señor Jehová! He aquí, no sé hablar, porque soy niño”. Nos hace recordar a Moisés y su reacción cuando Dios lo llamó. Pero a Jeremías Dios le responde de lo alto con palabras de animación y capacitación: “No digas: Soy un niño; porque a todo lo que te envíe irás tú, y dirás todo lo que te mande. No temas delante de ellos, porque contigo estoy para librarte”. En vez de niño temeroso, sería una columna de hierro y una ciudad fortificada, 1.18.

Comisión y confirmación

“Extendió Jehová su mano y tocó mi boca, y me dijo Jehová: Te he puesto en este día sobre naciones y sobre reinos, para arrancar y para destruir, para arruinar y para derribar, para edificar y para plantar”, 1.10.

Seis verbos describen la obra de su vida. Tres se refieren a edificios: arruinar, derribar y edificar. Tres se refieren a agricultura: arrancar, destruir (sacar por las raíces) y plantar.

Pablo combina estas dos figuras en Efesios 3.17 (“arraigados y sobreedificados en él”) y Colosenses 2.7 (“arraigados y cimentados en amor”). El profeta vuelve al tema en 18.7, 24.6, 31.28, 42.10 y 45.4. Cuatro de los términos son destructivos y dos constructivos. Vemos este principio de dos aspectos en la obra y avivamientos de Gedeón, Eliseo, Asa, Ezequías y Josías. Juan el Bautista puso su hacha a la raíz de los árboles pero también recogió trigo en el granero.

Las armas de Pablo eran poderosas en Dios para la destrucción de fortalezas. Es esta clase de predicación que rinde resultados duraderos, pero a la vez debemos tener sumo cuidado de compensar el hacha y el arado con la cuchara y la cesta de semilla. Sentimos lástima por el hombre cuyo ministerio es siempre destructivo. Es fácil echar a perder, pero hacen falta el conocimiento, cuidado y habilidad para construir.

“¿Qué ves tú?” 1.11, 13.

- una vara de almendro
- una olla que hierve

Estos dos símbolos resumen el ministerio de Jeremías: el lado claro y el oscuro.

El almendro florece en enero y comienza a dar su fruto en marzo. Es el primer árbol que se despierta después del sombrío invierno, con hojas verdes, botones rosa y fruto cuando los demás duermen aún. Es una ilustración de la vida con sus etapas de botón, flor y fruto. Nos recuerda de la vara sacerdotal de Aarón en Números 16. Es testigo al Hijo de

Dios, nuestro sacerdote resucitado, el dador de la vida más abundante. Jeremías, el joven sacerdote, tenía que cuidarse de guardar su ministerio sacerdotal más adelante cuando fuera puesto en el cepo, la cárcel y el pozo cenagal.

La olla era un caldero grande que se usaba para cocer la carne y lavar. La ve sobre el fuego con el agua en furia. La leña consumida en parte, la paila ladeada y el agua está por desbordarse a tierra. Va a caer hacia el norte, y del norte vendrá el ejército caldeo para azotar el país.

Jeremías contempla el futuro y percibe que ha recibido una asignación espantosa, pero cuenta con la promesa de que Dios va estar con él y lo hará columna de hierro y muro de bronce. Todos aquellos que Dios ha escogido para su servicio saben qué es derramar lágrimas. Son hombres y mujeres de espíritu quebrantado que han aprendido en la escuela de la adversidad a poner a un lado la confianza propia y el yo. José, David, Pablo, Timoteo y el Señor Jesús derramaban lágrimas. Las *Lamentaciones* de Jeremías son el derramamiento de un corazón tocado por el Espíritu en simpatía por la melancolía y padecimiento de su pueblo.

Ezequiel; el principio de la gloria

Ezequiel es el tercero de los profetas mayores. Isaías profetizó antes del cautiverio, Jeremías lo vio en operación; Ezequiel fue uno de los cautivos y profetizó en Babilonia entre los judíos desterrados al lado del río, o canal de irrigación, Quebar. Isaías habla de la persona del Señor, Jeremías del juicio del Señor y Ezequiel de la gloria del Señor.

Ezequiel era sacerdote y, cual hijo de Buzi sacerdote, era de la familia de Sadok. Fue llevado cautivo junto con el rey Joaquín en 597 a.C., 2 Reyes 24.14. Era casado y poseía casa propia, 8.1. Su esposa murió durante sus veinte años de ministerio —los cuales comenzaron cuando tenía 30 años de edad— pero no le fue permitido endecharla, 24.16-18. Su persona y su obra eran señal viva y gráfica al pueblo. Se le mandó que se acostara en su lado derecho y luego el izquierdo por 430 días; usaba espada para afeitarse; estuvo mudo por un tiempo; comía pan que había sido elaborado de tal manera que le hacía a él ceremonialmente inmundo. No sólo profetizaba, sino era una lección gráfica de su mensaje.

Hay un paralelo interesante entre las experiencias y ministerio de Juan en la isla de Patmos y las de Ezequiel junto al río Quebar. Ambos tuvieron visiones del trono y la gloria; una vez pronunciados sus juicios, vieron el templo y el río milenarios.

Visión de la gloria

A tres hombres les fue dada la visión del trono y la gloria de Dios: a Isaías, Juan y Ezequiel. El énfasis es diferente en cada caso. Para Isaías, fue el carácter santo del Dios Trino; Juan vio veinticuatro tronos en derredor del trono de Dios y sobre ellos veinticuatro ancianos, vestidos y coronados. Pero la visión mayor fue para Ezequiel; además de los seres vivientes y el arco, había una rueda y un Varón por encima y sobre el trono.

A lo mejor no nos sea posible, con nuestras pequeñas mentes, interpretar correctamente el simbolismo glorioso de la visión, pero algunos puntos quedan obvios en la superficie. Los seres vivientes gobernaban las ruedas; iban adelante y nada los desviaba. Posiblemente indican el propósito soberano de Dios, el cual no puede desviar ninguna potencia sobre la tierra. Los seres contaban con cuatro alas cada uno, extendidas hacia arriba en señal de adoración. Tenían manos de hombre debajo de las alas, en señal de afinidad.

Si no entendemos completamente las alas extendidas hacia arriba, sí sabemos que hay un Varón que tiene las suyas extendidas hacia abajo para atender a nuestra necesidad. Y, por encima de todo, había la semejanza de un trono y sobre éste la semejanza de Uno. Ezequiel termina su descripción diciendo en 1.28: “Esta fue la visión de la semejanza de la gloria de Jehová. Y cuando yo la vi, me postré sobre mi rostro, y oí la voz de uno que hablaba”.

Llamamiento y comisión

Jehová lo manda a ponerse sobre sus pies y le da su comisión en cinco partes o etapas:

1. El Espíritu lo llena. Cuatro veces se menciona al Espíritu en el pasaje: 2.2, 3.12, 14 y 24. Esto es prioritario para cualquier hombre que entra en el servicio de Dios. Ningún grado académico puede sustituirlo. Uno es bautizado en el Espíritu una vez por todas en el momento de la conversión, 1 Corintios 12.13, pero se es llenado del Espíritu a menudo, según sea su condición espiritual.
2. Le advierte a ser obediente, rehusando la rebeldía. Él sería enviado a un pueblo “de duro rostro y de empedernido corazón”, pero no debía temer ni su mirada ni su lenguaje. Había el peligro que, estando entre ellos, llegara a ser como ellos. Cuando Dios habló, Ezequiel tenía que obedecer sin cuestionar, y su vida muestra que cumplió con esto.
3. “Come este rollo”. No era el pergamino como de un libro, escrito por dentro y por fuera, ¡sino una serie de lamentaciones y advertencias! Tenía que comérselo y hacerlo una parte viva de sí. Fue una tarea dura, pero él

dijo: “Lo comí, y fue en mi boca dulce como miel”. Más adelante le sería amargo, cuando compartió con Dios su actitud hacia el pueblo, 3.14 Como en el regreso de Babilonia y la restauración bajo Esdras y Nehemías, la orden fue: “¡Trae el Libro!” En aquella ocasión, leyeron el libro de la ley de Dios e interpretaron el texto; Nehemías 8.1-8. Por su parte, Jeremías podía afirmar en el 15.16 de su profecía: “Fueron halladas tus palabras, y yo las comí; y tu palabra fue por gozo y por alegría de mi corazón”. Lo que Ezequiel hizo literalmente, el siervo de Dios debe hacer simbólicamente. El estudio cuidadoso y consecutivo de las Escrituras a lo largo de la vida es una necesidad de primer orden para cualquiera que anhela ser usado por Dios en su obra. Nada debe interferir con la atención personal y diaria a la Palabra; se basa en ella todo verdadero servicio que arrojará resultados duraderos.

4. “Me senté donde ellos estaban sentados”, 3.15. Una vez que había recibido su comisión, el Espíritu lo levantó y Ezequiel fue a aquellos del cautiverio de Tel-abib que moraban junto al Quebar. Aquí hay un principio importante, y uno que todo predicador, misionero y pastor / evangelista toma a pecho. En algunas partes hay una tendencia de aislarnos del pobre y rezagado. Desde luego, reconocemos que hay países donde las enormes brechas de cultura y costumbre hacen poco aconsejable que el evangelista occidental duerma y coma con gente que nada va a agradar su intromisión física. Tampoco conviene que bebamos licor con el borracho, o empleemos el vocabulario de la calle en un intento por ganar al joven. Pero nuestro Señor en su ministerio terrenal era tierno y comprensivo con el caído y arrepentido pecador. Nuestros hermanos y hermanas en la fe que visitan las cárceles, o alimentan a los hambrientos que viven debajo de los puentes, bien podrían contarnos de cómo la simpatía y comprensión gana almas.

5. Finalmente Ezequiel era atalaya a la casa de Israel. El Antiguo Testamento emplea esta figura a menudo. El atalaya era una especie de predicador, profeta, policía y guarda civil. De noche y de día debía estar alerta por si acaso venía el enemigo, preparado para advertir al pueblo de su peligro. En 3.17-21, él recibe sus instrucciones. Si deja de advertir al pueblo y ellos perecen, él será el culpable. Pero si les advierte y ellos no hacen caso, ellos son responsables por su suerte. La importancia de estas instrucciones a Ezequiel como atalaya se ve por el hecho que figuran al comienzo de su ministerio y de nuevo en el capítulo 33 al final de sus advertencias de juicio.

La profecía termina en una nota gloriosa. Ezequiel describe en lenguaje regio el advenimiento del reino del Mesías y la restauración y bendición de Israel. Los huesos secos viven de nuevo. Quedan liquidados los enemigos en las lejanas tierras del norte, Gog y Magog. Por debajo del umbral del

templo milenario, fluye el río de sanidad y bendición. La gloriosa nube de la presencia divina, la cual abandonó el templo con tristeza y desgano en el capítulo 8, entra en el templo nuevo en 43.1-5. El libro termina con un gran *Jehová-sama*, “el Señor está allí”.

Simón Pedro; un pescador y pastor

El apóstol Pedro, cuyo nombre original fue Simón, era hijo de Jonás, o Juan. Era pescador oriundo de Betsaida que llegó a vivir con su familia (era casado) en Capernaum. Era líder por naturaleza, y un hablador crónico. Su disposición era transparente y entusiasta. Figura siempre a la cabeza de las listas de los apóstoles. Tenía confianza, pero era impulsivo. Hizo más preguntas que cualquier otro en el Nuevo Testamento. Era emocional y afectuoso, una gran persona humana elemental. Henry Drummond dijo de D.L. Moody que éste era la persona más grande que había conocido: “No brillante ni intelectual ¡sino humano!”

Al considerar la vida de Pedro como las Escrituras la narran, observamos que el Señor lo llamó cuatro veces:

- el llamado a ser salvo, Juan 1.35-42
- el llamado a pescar hombres, Marcos 1.16-20; Lucas 5.1-11
- el llamado a ser apóstol, Mateo 10.1-5.
- el llamado a ser pastor, Juan 21

El llamado a ser salvo

El capítulo 1 del evangelio según Juan consiste en un prólogo de 18 versículos y luego una reseña de cuatro días dispensacionales.

- el día del testimonio de Juan el Bautista a Cristo, 1.19-28
- el día del testimonio a la cruz y la venida del Espíritu, 1.29-34
- el día en que Cristo reúne a los suyos, 1.35-42
- el día de los cielos abiertos, 1.43-51

Fue en este tercer día que Andrés trajo a su hermano a Cristo. Él había encontrado al Mesías y de una vez buscó a Pedro. Al contemplarle, percibiendo lo que había en él, Jesús dijo: “Tú eres Simón, hijo de Jonás; tú serás llamado Cefas”. Cefas quiere decir Pedro, una piedra.

Lo sorprendente aquí es que Pedro no haya dicho palabra alguna. Estaba atónito. El cambio de nombre nos hace ver que el Señor discierne lo que somos y podemos llegar a ser. Pero muchos años quedan de por medio. Los geólogos explican que una piedra es producto de fuego, presión y

tiempo. Un resultado de la entrevista aquel día fue que para ese hombre el Señor dejó de ser sólo el Rabí, para ser el Mesías, el Cristo.

El llamado a pescar hombres

Algunos expositores consideran que Lucas 5 es un relato más amplio del incidente registrado en Marcos 1. El suceso tuvo lugar aproximadamente un año después del encuentro inicial al lado del Jordán. Pedro y Andrés, Jacobo, Juan y su padre Zebedeo, eran socios en un negocio de pesca. Aparentemente Simón Pedro era el gerente; Lucas 5.20. La empresa prosperaba a tal punto que contaban con siervos contratados; Marcos 1.20.

Una comparación de tres pasajes paralelos en los Evangelios muestra que había cuatro operaciones con las redes de pesca:

- lavarlas, Lucas 5.2
- bajarlas, Lucas 5.4
- echarlas (las pequeñas), Marcos 1.16
- remendarlas, Marcos 1.19

Mientras Cristo predicaba la Palabra de Dios en la playa del Mar de Galilea, y la multitud lo apretaba, tomó prestada la barca de Pedro y la usó como púlpito a poca distancia de la orilla. Una vez que terminó de hablar, le pidió a Pedro bogar a las aguas profundas y bajar la red. Pero Pedro respondió: “Maestro, toda la noche hemos estado trabajando, y nada hemos pescado; mas en tu palabra echaré la red”. Y, hecho esto, encerraron gran cantidad de peces, y su red se rompía. Al ver lo que había sucedido, Pedro cayó de rodillas, diciendo: “Apártate de mí, Señor, porque soy hombre pecador”. Y Jesús le respondió: “No temas; desde ahora serás pescador de hombres”. Traídas a tierra las barcas, ellos dejaron todo y le siguieron.

La lección para el evangelista es obvia. En la ocasión de Pentecostés Pedro bajó la red del Evangelio y tres mil fueron recogidos. Aun con tantos, la red no se rompió. Pero, además de echar la red en aguas de poca profundidad y bajarla a las profundas, el pescador de hombres debe tener cuidado de lavar la red y remendarla para que los peces no se escapen por las roturas.

El llamado a ser apóstol

Habiendo pasado una noche entera en oración en un lugar aparte, Jesús escogió a doce de entre sus discípulos y los llamó apóstoles; Lucas 6.12-13. El relato en Marcos 3.13-14 hace hincapié en la soberanía de su actuación: “Llamó a sí a los que él quiso; y vinieron a él. Y estableció a doce, para que estuviesen con él, y para enviarlos a predicar”.

“Para que estuviesen con él”; A .T. Robertson lo llama una escuela teológica peripatética. Señala también que Lucas 6 deja en claro que la elección precedió inmediatamente al Sermón del Monte. En Mateo 10 los nombra, pero en Lucas 5 los escoge. Jesús los guarda a su lado por aproximadamente un año y luego los envía de dos en dos como misioneros. Hay en estos tiempos quienes dicen ser apóstoles, pero las Escrituras constan que éstos constituían un grupo selecto cuya función más adelante fue la de echar el fundamento de la Iglesia. En Apocalipsis 21.14 leemos en cuanto a la Nueva Jerusalén que “el muro de la ciudad tenía doce cimientos, y sobre ellos los doce nombres de los doce apóstoles del Cordero”.

Las calificaciones de un apóstol se mencionan en Hechos 1.21-22, cuando Matías fue escogido para reemplazar a Judas Iscariote: “...estos hombres que han estado juntos con nosotros todo el tiempo que el Señor Jesús entraba y salía entre nosotros, comenzando desde el bautismo de Juan hasta el día en que de entre nosotros fue recibido arriba, uno sea hecho testigo con nosotros de su resurrección”. Obviamente nadie tiene estas características en nuestros días. El apostolado de Pablo fue único; él también vio al Señor y fue comisionado por Él. Pero es cosa peligrosa en esta época que uno asuma para sí grandes atributos y títulos.

Siempre se menciona a Pedro en primer lugar y a él le fue dado el privilegio de abrir la puerta de la fe para el judío en Pentecostés y para el gentil en Cesarea; Hechos 10.

El llamado a ser pastor

Juan 21 es un apéndice inspirado del evangelio según Juan y un prefacio al libro de los Hechos de los Apóstoles, uniendo así un libro con el otro. Hay dos grandes lecciones en ese capítulo: primeramente una lección sobre la pesca y después una sobre el pastoreo. Son ilustraciones de la misión doble de la Iglesia: el evangelismo y el cuidado del pueblo de Dios.

Impulsivo e inquieto, Pedro anuncia, “Voy a pescar”, y seis más responden, “Vamos nosotros también contigo”. Eran hombres representativos y figuraban en el grupo algunos pescadores probados. Pero trabajaron la noche entera sin pescar nada. Cuando ya iba amaneciendo, se presentó Jesús en la playa. “Hijitos”, preguntó, “¿tienen algo de comer?” Respondieron de mala gana con un monosílabo: “No”. Y ahora la orden: “Echen la red a la derecha de la barca”. Al hacerlo, no podían con la cantidad de peces en la red.

La lección está en la superficie. ¡Es una pérdida de tiempo cualquier obra realizada sin el mandamiento y presencia del Señor resucitado! Podemos reunir un grupo de expertos en la teoría de la pesca, pero nada

lograremos si Él no está dirigiendo la operación. Y otro punto: Pedro tenía que ser restaurado a la confianza de sus hermanos; él había negado al Señor públicamente y tenía que ser restaurado públicamente.

El Señor encendió allí en la playa una pequeña fogata, como aquella ante la cual Pedro había negado al Señor en el patio del sumo sacerdote. Tres veces lo negó, y ahora tres veces le pregunta: “Simón, hijo de Jonás, ¿me amas?” Y tres veces él responde: “Señor, tú lo sabes”. Con esto, viene la comisión: “Apacienta mis corderos; pastorea mis ovejas; apacienta mis *queridas* ovejas”. Al comienzo de su experiencia con el Señor, la orden en Marcos 1.17 fue: “Venid en pos de mí”. Se repite en Juan 21.22: “Sígueme (continúa siguiéndome) tú”. Así que Pedro había sido llamado y comisionado a ser pescador de hombres y pastor de ovejas.

Al final de su Primera Epístola entrega la tea a sus hermanos que tendrían esa responsabilidad una vez ausente él. “Ruego a los ancianos que están entre vosotros, yo anciano también con ellos, y testigo de los padecimientos de Cristo, que soy también participante de la gloria que será revelada: Apacentad la grey de Dios que está entre vosotros, cuidando de ella, no por fuerza, sino voluntariamente; no por ganancia deshonesta, sino con ánimo pronto; no como teniendo el señorío sobre los que están a vuestro cuidado, sino siendo ejemplos de la grey. Y cuando aparezca el Príncipe de los pastores, vosotros recibiréis la corona incorruptible de gloria”.

Que la Cabeza de la Iglesia, el Gran Pastor de las Ovejas, Hebreos 13.20, levante pescadores y subpastores para atender al pueblo suyo.

Pablo; un pionero y plantador de iglesias

El apóstol Pablo fue uno de los hombres más grandes de todos los tiempos, pero él no pensaba así. Se llama menos que el más pequeño de todos los santos. De que Dios lo escogió en una coyuntura crítica de la historia del mundo, no hay duda. Poco antes de su nacimiento, hubo tres grandes sucesos:

- La carrera de Alejandro Magno había difundido el conocimiento del idioma griego en el mundo conocido.
- La expansión del Imperio Romano había facilitado la comunicación y la creación del gobierno por leyes.
- La dispersión de los judíos, llamada la diáspora, con su uso del Antiguo Testamento y la creencia en un solo Dios, había penetrado la mayoría de los centros estratégicos.

En la Iglesia primitiva existía la necesidad de un hombre que contara con todo eso en su formación. Aquél era Saulo de Tarso, conocido luego como

Pablo. Era a la vez hebreo y ciudadano romano por nacimiento. Además de griego, hablaba hebreo, arameo y posiblemente otros idiomas también.

A.T. Robertson estima que Pablo nació en el año 1, aproximadamente, y falleció en el 66. ¡Cuánto logró en aquellos sesenta y seis años! Su intelecto, coraje, perseverancia, simpatía, integridad y tacto manifiestan que era de personalidad rica.

Su vida se puede dividir en cuatro períodos: fariseo, convertido, pionero y prisionero.

Saulo el fariseo

Este período ocupó unos treinta y cinco años, casi la mitad de su vida. Nació en Tarso, la capital griega del sureste de Asia Menor. Dijo que “era una ciudad no insignificante de Cilicia”. Junto con Atenas y Alejandría, Tarso era centro universitario, y sus estudiantes juntaban Oeste y Este. Era benjamita con el mismo nombre que el primer rey de Israel. Aprendió el oficio de fabricar tiendas de pelo de cabra.

Se formó en un ambiente liberal y griego, pero recibió su educación teológica a los pies de Gamaliel en Jerusalén. Llegó a ser fariseo estricto, caracterizado por intolerancia y fanatismo. No se sabe a ciencia cierta si era o no un miembro del Sanedrín, el parlamento de los judíos. Dijo que había votado a favor de la muerte de Esteban. Saulo llegó a ser amargado perseguidor y antagonista de los cristianos; en sus años de madurez él haría mención de este hecho en dos de sus discursos y cuatro de sus cartas. En lenguaje de Génesis 49.27, era el benjamita lobo arrebatador.

Conversión y servicio

En la cúspide de su carrera como fanático, Pablo fue alcanzado en el camino a Damasco. Su conversión fue instantánea y dramática; vio el Cristo resucitado y escuchó su voz. Nos dice que era “ejemplo a los que habían de creer”, 1 Timoteo 1.16, y emplea tres términos para describir su experiencia:

- Fue *asido* por Cristo Jesús, Filipenses 3.12
- Fue *iluminado* por el resplandor, Hechos 26.13
- Recibió una *revelación*, Gálatas 1.16

Su llamado al servicio tuvo cinco características:

- Dios lo escogió antes de nacer, como hizo con Sansón y Juan el Bautista. “Agradó a Dios, que me apartó del vientre de mi madre, y me llamó por su gracia, revelar a su Hijo en mí”, Gálatas 1.15.
- Dios le dio su comisión en el momento de su conversión. Se la describe a Agripa en Hechos 26.15-18: “El Señor dijo: Yo soy Jesús,

a quien tú persigues. Pero levántate, y ponte sobre tus pies; porque para esto he aparecido a ti, para ponerte por ministro y testigo de las cosas que has visto, y de aquellas en que me apareceré a ti, librándote de tu pueblo, y de los gentiles, a quienes ahora te envío, para que abras sus ojos, para que se conviertan de las tinieblas a la luz, y de la potestad de Satanás a Dios; para que reciban, por la fe que es en mí, perdón de pecados y herencia entre los santificados”.

- El Señor le dijo a Ananías de Damasco en Hechos 9.15: “Instrumento escogido me es éste, para llevar mi nombre en presencia de los gentiles, y de reyes, y de los hijos de Israel”.
- En medio de una turba que lo quería linchar, en un éxtasis en Jerusalén, recibió la orden: “Date prisa, y sal prontamente de Jerusalén; porque no recibirán tu testimonio acerca de mí. ...Vé, porque yo te enviaré lejos a los gentiles”, Hechos 22.17-21.
- Y, en Antioquía, Hechos 13.2, el Espíritu Santo decretó: “Apartadme a Bernabé y a Saulo para la obra a que los he llamado”.

La Santa Trinidad se involucró en su llamamiento. Dios lo llamó antes que naciese, Gálatas 1.15; el Señor lo llamó en el camino a Damasco; el Espíritu Santo le hizo saber su voluntad en Antioquía.

Su preparación para el servicio ocupó diez años, más o menos. Primeramente en Damasco, Hechos 9.20-21; en Arabia, Gálatas 1.17; en Damasco de nuevo, Hechos 9.22-25; una visita a Jerusalén, 9.26-30, Gálatas 1.18; en su ciudad natal, Tarso, Hechos 9.30, 11.25; y, en Antioquía con Bernabé y la iglesia local, 11.25-26. Esta etapa preparatoria fue importante, dándole tiempo para estudio y ajuste de su modo de pensar. Su amigo Bernabé fue una gran ayuda y estímulo.

Pionero y plantador

Esta etapa fue de unos quince años, desde el 44 hasta el 60. En tres grandes viajes misioneros, Pablo y otros vieron establecidas iglesias locales —“asambleas”— en centros estratégicos en las cuatro provincias del Imperio Romano.

Un escritor en el *National Geographic* estima que Pablo viajó más de 19,000 kilómetros con el Evangelio: 9,000 por tierra, mayormente a pie, y casi 11,000 por mar. Nada de cruceros, ferrocarriles ni hoteles; para un hombre enfermo, fue una hazaña asombrosa.

Es llamativo también que el relato histórico en Hechos de los Apóstoles no dice nada sobre finanzas. Pablo trabajó a menudo con sus manos para proveer las necesidades de la vida. Sabemos que recibió donativos de Filipos, ¡pero no sabemos que haya apelado una sola vez por ayuda económica!

El prisionero

En sus seis años finales, Pablo estuvo encarcelado tres veces. Primeramente en Cesarea, luego dos años de arresto domiciliario en Roma, y —después de un breve lapso de libertad— su reclusión final y ejecución. Pero, como John Bunyan (*El Progreso del Peregrino*, etc) y el himnista Samuel Rutherford, él no malgastó su tiempo de libertad. El águila estaba encadenada pero prestando servicio para fruto eterno.

El Evangelio penetró la casa de Nerón mismo. La pluma del apóstol nos dejó una herencia rica, ya que “las epístolas carcelarias” —Efesios, Filipenses, Colosenses y la joya que es la carta a Filemón— son tesoros sin precio. Hay también “las epístolas pastorales” —1 y 2 Timoteo y Tito— que contienen las instrucciones finales de Pablo sobre la vida personal y en la asamblea.

El llamamiento, comisión y carrera de Pablo ofrecen un enorme estímulo y ejemplo para nosotros en estos tiempos. Por todos lados hay una gran necesidad del evangelista y el plantador de iglesias, y también de los que dedican su talento literario a la gloria de Dios y la edificación de los santos.

Timoteo; un pastor

Veinticuatro veces figura el nombre de Timoteo en el Nuevo Testamento. Quiere decir, “honrando a Dios”. Un examen del contexto donde se menciona su nombre nos proporciona un marco razonablemente comprensivo de su vida y obra.

Era oriundo de Listra, en Liconia en el sur de Galacia. Parece que había un problema en el hogar, por cuanto su padre era griego y su madre judía. Timoteo no había sido circuncidado conforme a la ley judaica. Aparte de esta mención, nada se dice de su padre. Pero su madre y su abuela, Eunice y Loida, eran damas piadosas, y Timoteo fue criado en la disciplina y amonestación del Señor. En 2 Timoteo, 3.15 Pablo le hace recordar que desde la niñez (*brepheus* —un nene) él conocía las Sagradas Escrituras, “las cuales te pueden hacer sabio para la salvación por la fe que es en Cristo Jesús”.

No contamos con detalles de su conversión, pero Pablo lo llama su “verdadero hijo en la fe”, 1 Timoteo 1.2. Le recuerda también de sus padecimientos en Antioquía, Iconio y Listra, refiriéndose a Hechos 14.6-23 durante su primer viaje misionero, cuando se formó la asamblea en el pueblo donde Timoteo vivía. Fue en esa ocasión que Timoteo recibió a Cristo. ¡Fue la combinación de un hogar piadoso y una vigorosa campaña evangelística que lo trajo a Cristo!

Al cabo de unos cinco años Pablo regresó a Listra, en su segundo viaje, y encuentra que Timoteo ha crecido y madurado espiritualmente. No sabemos con certeza la edad de Timoteo, pero pensamos que tenía 20 años de edad. Se dice que:

- Era discípulo
- Era bien visto por los hermanos en Listra e Iconio; o sea, en su propio pueblo y en otro del distrito.
- Pablo deseaba que lo acompañara
- Lo circuncidó para facilitar su acceso a los judíos que había en aquellas partes, ya que sabían que su padre era griego.

Servicio y carrera

Pablo fue usado en el llamamiento de Timoteo, así como Elías en el de Eliseo. Es casi seguro que el joven tuvo su propia carga y ejercicio ante el Señor, pero Dios empleó a su siervo Pablo para llevar el asunto a fruición. Esto sucede a menudo en nuestros días. Un hombre mayor, espiritual y de buen discernimiento, ve que uno menor está desarrollándose en lo espiritual, y le sugiere dedicarse a tiempo completo a la obra del Señor. Esto tiene precedente bíblico en Pablo y Timoteo. Dos veces leemos de la imposición de manos, pero con preposiciones diferentes. En 2 Timoteo 1.6 Pablo dice: “Te aconsejo que avives el fuego del don de Dios que está en ti por la imposición de mis manos”. Debemos tener en mente que Pablo era un apóstol, con autoridad única del Cristo resucitado. ¡Están parados sobre un fundamento excesivamente débil aquellos que opinan que existe en estos tiempos la sucesión apostólica y la autoridad de conferir dones espirituales! De nuevo, leemos en 1 Timoteo 4.14: “No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio”. Aquí se trata sencillamente de comunión, sin ninguna idea de ordenación. Los ancianos estaban expresando amor y beneplácito con el hecho de que Dios lo había llamado a la obra.

Servicio posterior

Si Timoteo tenía aproximadamente 20 años cuando se asoció con Pablo, y Pablo unos 45 años, quiere decir que había una diferencia de 25 en sus respectivas edades. Si a Pablo le quitaron la vida a los 65 años, los dos habrán trabajado juntos a lo largo de veinte años.

Sabemos algo del carácter y modo de ser de este joven que es el único en el Nuevo Testamento que se cataloga como “varón de Dios”. Era sensible y tímido, y varias veces leemos de sus lágrimas. No gozaba de muy buena salud; Pablo habla de sus frecuentes enfermedades. Dos veces se le exhorta a no avergonzarse; era un hombre que precisaba de otro que lo animara.

Lo encontramos ocupado en cuatro tipos de ministerio:

1. Un ministerio de consuelo en Tesalónica; 1 Tesalonicenses 3.1-6.

Pablo había estado en Tesalónica por relativamente poco tiempo cuando se formó la asamblea; Hechos 17.1-9. Tuvo que salir apresuradamente debido a la persecución, y algunos creyentes murieron antes de que él le escribiera a la iglesia. Hacía falta quien los instruyera y consolara, y Timoteo resultó ser la persona idónea. Su ministerio fue de un todo exitoso, y su informe a Pablo sobre esta visita trajo regocijo al corazón del apóstol; 1 Tesalonicenses 3.7-9.

2. Un ministerio de corrección en Corinto; 1 Corintios 4.17

Ninguna asamblea le causó tanto dolor al corazón de Pablo como la de Corinto. Había problemas tanto morales como doctrinales, además de una tendencia hacia la división. Era gente orgullosa y jactanciosa de su conocimiento y don espiritual. Criticaban a Pablo, el hombre que les había traído el evangelio, y aun insinuaban que no era apóstol con las credenciales del caso.

Timoteo tenía por delante una tarea difícil al acercarse a esta gente altanera, y Pablo se vio obligado a escribirles, al final de la primera epístola: “Si llega Timoteo, mirad que esté con vosotros con tranquilidad, porque él hace la obra del Señor así como yo”. Pero aparentemente no fue exitosa su misión; él no era el tipo de hombre para tratar aquella situación. Posteriormente, Pablo despachó a Tito, posiblemente un hombre mayor y de carácter fuerte, y al cabo de tres visitas éste tuvo mayor éxito en la restauración de la asamblea.

3. Un ministerio de consolidación en Éfeso, 1 Timoteo 1.3.

Él tuvo que exigirle a cierta gente que no enseñara una doctrina diversa. Esta iglesia había contado con el privilegio del ministerio de parte de Apolos, de Aquila y Priscila, de Pablo, y más adelante del apóstol Juan, pero algunos estaban introduciendo prácticas y enseñanzas legalistas. En estas epístolas pastorales encontramos varias veces vocablos como la fe, la Palabra y la sana doctrina.

La misión de Timoteo fue la de contrarrestar las “fábulas de viejas” con enseñanza sana y una cuidadosa exposición de las Escrituras. No hay nada en la Epístola para apoyar la idea de que iba como obispo o pastor de la iglesia local. Había una pluralidad de ancianos en Éfeso; Hechos 20.17. Timoteo llegó sencillamente como un ministro de la Palabra para refrenar y corregir una condición.

4. Un ministerio de compañerismo en Roma, 2 Timoteo 4.9, 21

Pablo había llegado al final de una vida de labores para el Señor y sabía que pronto iba a soltar la tea de testimonio. Resumió su servicio en palabras muy citadas: “Yo ya estoy para ser sacrificado, y el tiempo de mi

partida está cercano. He peleado la buena batalla, he acabado la carrera, he guardado la fe. Por lo demás, me está guardada la corona de justicia, la cual me dará el Señor, juez justo, en aquel día; y no sólo a mí, sino también a todos los que aman su venida”.

Procede a mencionar dieciocho nombres, algunos de leales consiervos, otros de los que lo habían abandonado y otros que ya eran enemigos. Agrega patéticamente: “Sólo Lucas está conmigo”. ¡Querido y leal Dr. Lucas! Pero por encima de esto él anhela la presencia y compañerismo de su querido amigo Timoteo: “Procura venir pronto a verme”. “Al venir”, dice, “que traigas el capote que está en Troas, ya que en este calabozo frío hace falta algo para el cuerpo. Pero, de mayor importancia, los pergaminos, ya que quiero algo para la mente”.

Pero, ¡oh, Timoteo! Te quiero a ti para mi corazón y afectos. “Procura venir antes del invierno”. ¿Nos atrevemos a pensar que en aquel funesto día fuera de la ciudad de Roma, cuando la espada libró a ese espíritu de su agotado cuerpo, dos de sus íntimos amigos —Lucas y Timoteo— estaban con él hasta el final?

La vida y obra de Timoteo ofrecen un excelente ejemplo y gran estímulo a los que realizan una obra pastoral entre el pueblo de Dios. Es grande la necesidad de hombres con amor por Cristo y corazón de pastor. Pablo y Timoteo son un ejemplo perfecto de lo que debería ser la relación entre el mayor y el menor. Si imitáramos el patrón, desaparecería la brecha generacional.

Conclusión

Hemos considerado a diez hombres que Dios llamó y capacitó para dedicarse al servicio suyo. Las Escrituras dan amplios detalles acerca de cada uno. Vivían en diferentes épocas de la historia humana y diferían grandemente en antecedentes y educación según el mundo.

Ahora debemos indagar si había algo común a todos ellos. ¿Cuál fue el común denominador que los inspiró y sostuvo en su obra para Dios? ¿Los principios que gobernaron sus vidas son relevantes en nuestro tiempo? Estas preguntas son importantes y exigen que las contestemos.

Si bien hemos empleado el vocablo *hombres*, tengamos en claro que los mismos principios aplican a las mujeres. Le toca a la mujer cristiana desempeñar un papel importante en la esfera que a Dios le ha complacido asignarle.

1. Primeramente y ante todo, Dios es soberano en su elección de a quiénes llamar. Le complace sobremanera tomar material que parece ser poco prometedor, para moldear y pulirlo según su divino designio.

2. Él habla y se revela a cada cual individualmente en lo secreto de su presencia. Se podría preguntar cómo habla a sus hijos hoy día y cómo los llama. No es por visión y voz al estilo de los tiempos de antaño, ni por voz profética como en Hechos 13. Él habla por su Palabra. La está empleando en el llamamiento al servicio, así como en el llamamiento a la salvación y el llamamiento al sacrificio.

3. El Señor siempre prepara su instrumento. Muchas veces es un proceso largo: en el caso de Moisés, ochenta años; Juan el Bautista, treinta; Pablo, diez. Aun nuestro Señor pasó treinta años en Nazaret, fuera del ojo del público. La etapa preparatoria no es tiempo mal gastado.

4. Los que llamó eran idóneos para el ministerio que Él tenía en mente. No eran estacas cuadradas para ser metidas a juro en huecos redondos. Contaban con cualidades humanas y espirituales para la tarea por delante.

5. Tenían una pesada carga y gran ejercicio por la necesidad de su época y eran varones de oración. En nuestros tiempos mora adentro el Espíritu de Dios, quien crea esa carga y nos guía paso a paso.

6. El sello de la bendición divina estaba sobre sus labores.

7. Su llamamiento siempre fue a una determinada obra y no simplemente a ir a cierta localidad. Es cierto que Abraham fue llamado a viajar a un país nombrado, pero su obra fue la de demostrar el principio de la fe en su vida.

Hacemos hincapié en el principio de buscar el consejo de personas espirituales que conocen la Palabra de Dios. Todavía hay seguridad en la multitud de consejeros; Proverbios 11.14.

Cuando coinciden estos siete principios en la vida de algún creyente en particular, podemos estar seguros de que Dios está hablando y tiene para aquella persona una obra que debe emprender.

¡Que Él levante servidores suyos con estas cualidades!